
CAPITULO XLVI.

PARIS.

Día 6 de Setiembre.

El infame Imperio que había puesto sus piés y sus espuelas sobre el corazón del más revolucionario entre todos los pueblos; ese Imperio, que, en una noche lúgubre mató la libertad, seguido de sus pretorianos, ébrios de aguardiente y pólvora; ese Imperio, que con una mano resucitaba la monarquía en América para que sostuviera la esclavitud de los negros, y con la otra mano apoyaba la teocracia en Roma para que sostuviese la esclavitud de las almas; ese Imperio, que asesinó á nuestros héroes, que aumentó el calabozo de nuestros mártires, que forjó todas nuestras cadenas; ese Imperio, despues de haber traído el extranjero sobre Francia, despues de haber sembrado trescientos mil cadáveres, que todavía yacen insepultos en los campos de batalla, iluminados por los reflejos siniestros del incendio, ha sucumbido en la ignominia, y al sucumbir ha descargado de un peso enorme la conciencia humana, que ve al fin castigado el crimen y vencedora la justicia.

B.

Pero antes de estampar todas las reflexiones que asaltan nuestra mente, historiemos los sucesos, historiémoslos con brevedad, con rapidez. La noticia de las desgracias imperiales recorre todo París y lo subleva. El pueblo francés ha perdido todo su ejército. La perdicion del ejército se debe exclusivamente á la dinastía. Si en vez de ir á Metz, Mac-Mahon hubiera ido á París, esta gran ciudad, auxiliada por un ejército numeroso, es invencible. Trochu había rogado que Mac-Mahon viniese sobre París. Mas Palikao no había querido, porque la victoria de París era la victoria del pueblo, y él, de acuerdo con el Emperador, deseaba una victoria lejana que diese lustre al nombre y á las armas de los Bonapartes, para volver sobre París é imponerle por fuerza la dinastía.

Las lenguas se desatan y publican á una todos los crímenes imperiales. Decía el Imperio que estaba preparado, y no lo estaba. Decía que contaba con quinientos mil hombres y sólo contaba con trescientos mil escasos. Decía que era formidable su material de guerra, y

no tenía suficiente material. Decía que era infalible su plan de campaña, y su plan de campaña se ha reducido á salvarse él y á perder á Francia. Todo para la dinastía, todo por la dinastía. La primera mentida victoria de Sarrebruk para exaltar al príncipe imperial, pobre inocente niño, retratado por su padre, como un sér sin entrañas, impasible en presencia de la agonía y de la muerte de sus semejantes. Y esta dinastía, ni por la inteligencia, ni por el valor de sus príncipes, era de sus absurdos privilegios digna. El Príncipe Pedro Bonaparte solo servía para asesinar escritores indefensos. El Príncipe Gerónimo Napoleon Bonaparte, que jamás vió la balas, corre á Florencia en demanda de un último auxilio, y abandona las banderas francesas. El Emperador huye cobardemente de Metz y entrega más cobardemente todavía su espada en Sedan sin que lo maten ni el dolor ni el remordimiento.

París que sabe esto, París que conoce esto, cree llegada la hora de acabar con la soberanía del Imperio y rehacer su propia soberanía. Calles, plazas, paseos se inundan de gentes que gritan: ¡el destronamiento, el destronamiento de los Bonapartes! ¡viva la nación! ¡viva la Francia! Una inmensa multitud se dirige al general Trochu y le aclama y le conjura á que tome el poder caído en tierra. Trochu los calma diciéndoles: que el nombramiento del nuevo poder es competencia del Cuerpo Legislativo. Al Cuerpo Legislativo, al Cuerpo Legislativo, exclaman las muchedumbres.

Las avenidas del Cuerpo Legislativo son como un Océano inmenso de cabezas. En torno del Obelisco se congregan los guardias nacionales, unos con uniformes, otros sin ellos, bastantes con armas, muchos más desarmados, pero todos con igual entusiasmo. El juramento que corre de boca en boca es no permitir que el día caiga sin que se haya levantado la República. Un grito atronador, inmenso, puebla los aires.

La ciudad de París ha vuelto á encontrar su alma revolucionaria, esa alma con cuyos resplandores ha iluminado mil veces al mundo.

Y sin embargo, el gobierno de Palikao, decidido á defender la dinastía hasta el instante último, ha llenado de tropas de línea las avenidas de la Cámara. En cuanto se reúnen los diputados, Ferry pregunta por qué la guardia nacional ha sido reemplazada por el ejército regular, y por qué se ha quitado el mando de las tropas acantonadas en París al general Trochu, defensor de París. Palikao se levanta, y con una familiaridad indigna del sitio y del momento, dice:—«¿Os quejais porque os he buscado la novia demasiado bonita? (*Gritos de indignacion.*) ¿Os quejais porque he puesto en torno vuestro la tropa de línea que respetará con mayor empeño la libertad de vuestras deliberaciones?»—Una protesta ruidosa, inmensa, se exhala de los bancos de la izquierda y de la tribuna pública. Tres proposiciones se presentan; una de Palikao, que pide un gobierno designado por la Cámara y la presidencia de ese gobierno para sí. Inmensa carcajada responde á esta pretension insensata. Otra de Thiers, que pide un gobierno provisional y la apelacion á la Asamblea Constituyente en tiempo hábil. Otra de Julio Favre, que comienza: «Queda destituido el Emperador Napoleon con toda su dinastía. La Cámara nombra un gobierno provisional. La defensa de París queda confiada al general Trochu.» El Congreso se reúne en secciones para estudiar estos tres proyectos de ley. Los ugieres intentan despejar las tribunas, mas los espectadores no quieren salir.

Mientras tanto el grito de ¡viva la República! se exhala hasta del suelo de París. Los muertos del 2 de Diciembre se reaniman. Los habitantes todos proclaman ese mágico nombre, que ha de salvar la nación en peligro. Los soldados tienden sus brazos á los guardias nacionales y los guardias nacionales al

pueblo. Sólo hay una voz, como sólo hay un alma, como sólo hay un pensamiento, la reivindicacion de la República.

Las águilas imperiales son destrozadas, los timbres napoleónicos rotos, las verjas de las Tullerías tronchadas casi por el oleaje popular. El general Mellinet, que manda en palacio, amenaza con hacer fuego. El pueblo, para que nadie le atribuya pensamientos indignos del principio de su resurreccion política, escribe en las paredes: «Respeto á la propiedad nacional, muerte al ladrón.» Un parlamentario trata con el general Mellinet y conviene en que la guardia nacional sustituya al ejército en la custodia de aquel palacio que ha presenciado tantas victorias y tantas catástrofes de la monarquía. El parlamentario del pueblo recorre aquellas abandonadas estancias donde acaban de resonar las últimas pisadas de una monarquía fugitiva. En el cuarto del príncipe imperial aun estaba abierta la última página de historia trazada en el álbum de sus lecciones. Luis XV: corrupcion, tiranía, debilidad, intolerancia. ¿No parecia este el resúmen del reinado último de su raza? La habitacion que habia acabado de desalojar la Emperatriz, aun tenia el reflejo de su presencia. Sobre una silla habia una bata, y sobre una mesa restos de frugal desayuno, un poco de ternera, un huevo pasado por agua recién abierto, pero no bebido, y algunas rebanadas de pan y queso. La última en dejar su sitio fué ella. Cuando el pueblo entraba por una puerta, salía por la otra, recordando tal vez las tragedias presenciadas por otros reyes. Un fiel servidor lloraba y decia:—«¡Pobre Emperatriz! todos la han abandonado. Así son los cortesanos siempre; débiles y cobardes como todas las almas envilecidas.»

Estas escenas coincidían con las escenas del Cuerpo Legislativo. Mientras los diputados se habian ido á deliberar á sus secciones, los periodistas, los antiguos diputados republicanos salían al peristilo y llamaban á la

multitud. La guardia nacional se puso á la cabeza de las muchedumbres. Las tropas no resistieron, fraternizaron con el pueblo. La sala de sesiones fué invadida en el momento mismo en que los diputados volvían á ocupar sus asientos. El ruido era tempestuosísimo. La multitud gritaba: el destronamiento de los Bonapartes, la proclamacion de la República. Gambetta subía á la tribuna. Una infinita ovacion le saludaba. Pero en cuanto pedía que dejaran á la Cámara la libertad de sus deliberaciones, el ruido era atronador y los gritos de ¡viva la República! innumerables. Schneider, el presidente, reclamaba silencio, invocando la autoridad de Gambetta. «¡Calle ese asesino de los trabajadores!» gritan. Julio Favre quiere leer un papel; no le dejan. «¡La República! ¡la República!» claman todos á una voz. En esto se oyen tremendos golpes, las puertas de una tribuna caen, inmensa nube de polvo inunda todo el recinto del salon, los diputados de la derecha imperialista huyen, el presidente se escapa, llegando hasta su palacio, rasgadas las vestiduras, abollado el sombrero, y hasta herido el rostro, y los diputados de la izquierda van al Hotel de Ville donde es solemnemente proclamada la República. Mientras unos proclaman la República, otros sacan de la cárcel á Rochefort y lo llevan en triunfo hasta el Gobierno. «Se ha proclamado la República. Respiremos. Hace diez y seis años que trabajo por este día; hace diez y seis años que espero este día. Lo veo brillar y me parece, como todas las grandes venturas, un sueño. No puedo hacer más sino gritar aquí: ¡Viva la República francesa! grito que habrá resonado ya mil veces en las costas republicanas del Nuevo Mundo.»

Día 7 de Setiembre.

La República no ha venido como vino en 1848, de improviso. La República es una reivindicacion. El Imperio la habia asesinado, y la República, la eterna forma de la justicia y del derecho, renace en cuanto muere el Im-

perio. A este renacimiento ha contribuido en primer término una de las propagandas más activas y más persistentes que recuerda la historia. Oradores, poetas, artistas, prensa, cátedra, todo cuanto sostiene los ánimos e ilumina la conciencia, todo estaba consagrado á recordar al pueblo que no hay grandezas, ni morales ni materiales, para las naciones, fuera de la libertad. Hasta en los tiempos de mayor tiranía, cuando el cambio de dos palabras republicanas era como un pasaporte á Cayenna, el pueblo francés, sorprendido, maniatado, despojado el 2 de Diciembre por una turba de pretorianos en delirio, protestaba en los comicios contra la violencia, y decia al mundo que su alma quedaba siempre, siempre republicana.

En vano Bonaparte mantenía á sus trabajadores como los Césares á la plebe; en vano la henchía de palacios y de monumentos; en vano la rodeaba de jardines infinitos que parecían soñados; en vano le daba revistas lujosísimas, iluminaciones fantásticas, conciertos mónicos, fiestas de la industria, que reunían los productos de todas las zonas, espectáculos que congregaban á todos los reyes de Europa. Tanta seducción sólo servía para conservar con más fuerza en el alma de París, abstraída, separada de todos aquellos placeres, el austero amor á su derecho.

El orador severísimo que tiene algo del puritano en su sencilla forma, proclamaba desde la tribuna, que no hay dignidad, como la dignidad de ser ciudadano en un pueblo libre. El gran poeta, cuya pluma recuerda el ciclópeo cincel que desbastó el Moyses del Renacimiento, levantaba olas de hiel, nubes de cólera contra el tirano, en las almas azotadas por las chispas de sus fulgurantes tercetos. El escritor ligero, ingenioso, lleno de salática en quien el alma de Voltaire, errante siempre por los boulevares de París, había depositado un grano de su inmortal ironía, destronaba el César á linternazos; que si fue-

ron necesarios los diálogos de Luciano para matar á los dioses, y las sátiras de Juvenal para matar á los Césares, con la *Linterna* bastó para matar á carcajadas envueltas en ira, el segundo Imperio. Mientras esta risa ganaba á las muchedumbres, el sesudo colegio de Francia desarrollaba como un panorama de ideas, desde las altas cimas de sus cátedras, el espectáculo de la América republicana, de los Estados-Unidos, sin reyes, sin aristocracia, sin Iglesia oficial, naciendo del seno de la conciencia libre, auxiliados por el inmortal espíritu de la revolución francesa. Al colegio de Francia se unía la Sorbona, que explicaba la Filosofía de la libertad, y la derivaba de las facultades fundamentales de nuestro sér. El teatro no podía decir una alusión contra los reyes y á favor de los pueblos, sin que inmediatamente saliese en esos murmullos, que tanta semejanza dan á las muchedumbres con el mar, la expresión del pensamiento parisiense. Hasta la tribuna sagrada llovía las lenguas de fuego de las nuevas ideas con Gratry, y el padre Jacinto. Las últimas palabras de Lacordaire, su último pensamiento era para Washington, para Franklin, para los republicanos educados en la Biblia. La historia moderna fué rehecha, y el ídolo, el gran César, analizado, descuartizado, y entregado en pedazos, que sólo chorreaban crímenes, á la eterna maldición de la conciencia humana.

Estas ideas misteriosamente esparcidas habían rehecho la opinión pública en Francia. La República era el ideal de todas las conciencias. En cuanto la revolución estalló, la República vino, como si la conciencia popular se objetivara. Nadie la trajo, nadie la nombró de cuantos habían contribuido á sostener su recuerdo; la trajo, la nombró aquel sér, anónimo, irresponsable, pero omnipotente, que se llama el espíritu del pueblo. Lyon, Marsella, Nantes, Rouen la proclamaron al mismo tiempo que París. Ya no era, pues, la República tan sólo el espíritu de la capital;

era también el espíritu de toda la nación, el pensamiento de toda Francia. En cuanto el Imperio huyó; y sus fundamentos se deshicieron, y las ruinas que tenía amontonadas bajo su mando se revelaron, y el alma de Francia fué dueña de armonizar su pensamiento con su voluntad, brotó espontánea-

mente la República. A pesar de los peligros que la cercan, de las nubes que sobre su cuna se condensan, del grave trance que atraviesa, y que la hace bordear los confines de la muerte, yo creo en la salvación de la República.